

**The Parent's Capacity to Treat the Child as a Psychological Agent: Constructs, Measures and Implications for Developmental Psychopathology.**

Carla Sharp (Baylor College of Medicine) & Peter Fonagy (Baylor College of Medicine and University College London).

La capacidad de los padres para tratar al niño como un agente psicológico: Constructos, medidas e implicancias para la psicopatología del desarrollo, *Social Development*, 17, 3, p. 737-75X, 2008.

Autora de la reseña: Dra. Carla Mantilla Lagos.

---

Sharp y Fonagy advierten que en los últimos 10 años el estudio de las prácticas parentales como variable involucrada en el ajuste psicosocial de los niños ha sufrido un cambio de foco: se ha pasado de atender los aspectos normativos y disciplinarios de dichas prácticas a conocer aquellas que facilitan el trato a los niños como agentes capaces de atribuir estados mentales para comprenderse y comprender a los demás. Sostienen que dicho cambio está asociado con la necesidad de conocer en profundidad los mecanismos responsables de la transmisión intergeneracional del estilo seguro de apego, y se preguntan por la participación de otros aspectos de la relación madre-niño, además de la sensibilidad materna, que expliquen la transgeneracionalidad de la base segura.

El constructo mentalización, entendido como la capacidad para comprender a los demás y a uno mismo a partir de imaginar y atribuir estados mentales, refleja la idea central del concepto de "teoría de la mente" (Premack & Woodroof, 1978) propuesto desde la primatología, pero con la diferencia de estar contextualizado en un modelo intersubjetivista de la mente, que resalta los escenarios relacionales que facilitan su adquisición. En esta línea, Sharp y Fonagy señalan que para los teóricos del apego como Main (1991), la capacidad de mentalizar es el mecanismo materno que influye en la seguridad del apego del infante y en su desarrollo socio-

cognitivo. La figura es la siguiente: la capacidad parental de mentalizar al infante facilita que éste se apegue de forma segura al sentirse pensado, individuado y acogido. Ello a su vez estimula su propia capacidad de mentalizar, que a su vez, afianzará la creación de un vínculo seguro con el cuidador. Los autores advierten que en este intercambio interviene también la constitución biológica del infante, en particular, las características de su temperamento. De tal modo la interacción entre el temperamento del infante y las capacidades parentales para la mentalización es de doble vía.

Ahora bien, el propósito de este artículo supone la realización de una tarea urgente y pendiente: hacer una revisión sistemática de los constructos que desde diferentes tradiciones teóricas se han propuesto para dar cuenta de los mecanismos asociados a la capacidad de los padres de tratar a los niños como agentes con deseos, creencias y otros estados mentales. Es decir, se proponen revisar los emparentamientos conceptuales de la mentalización, sus formas de medición y la evidencia empírica que los sostiene. Los autores además presumen que todos estos constructos intervienen en un mismo sistema neurobiológico socio-cognitivo y que las dificultades parentales en la capacidad de mentalizar podrían alterar este sistema generando psicopatología en el niño.

Finalmente, los autores buscan proponer un modelo que busca describir y evaluar (testear) la relación entre la mentalización parental, el desarrollo de la mentalización en el niño y la psicopatología infantil.

### **Función reflexiva: mentalización parental a través de la representación de apego.**

Desde los años 80, las investigaciones provenientes de la psicología del desarrollo han señalado la importancia de las relaciones familiares y de otros escenarios relacionales en el desarrollo de las habilidades para la mentalización y el desarrollo socio-cognitivo del infante.

En el año 1991, Fonagy y su equipo de colaboradores comenzaron a colocar su atención en el rol del vínculo seguro de apego como escenario propicio para el

despliegue de la mentalización en el niño, es decir, como predictor del desarrollo de esta capacidad. En un estudio llevado a cabo ese mismo año, se decidió explorar la relación entre la capacidad de mentalizar de los padres y el estilo de apego de sus hijos. Para ello se seleccionaron 100 familias y se administró a cada padre y madre la Entrevista de Apego Adulto (AAI) en momentos previos al nacimiento de su primer hijo(a). Las narrativas sobre las relaciones vinculares tempranas obtenidas en el AAI fueron codificadas en cuanto a la frecuencia con que los padres y las madres usaban términos mentales en sus descripciones. Después de un seguimiento de 12 a 18 meses, luego del nacimiento de los niños, se les administraba el procedimiento de la “situación extraña” para evaluar su conducta de apego. Los resultados mostraron que las habilidades mentalizadoras de los padres, medidas por la frecuencia de términos mentales en las descripciones vinculares tempranas en el AAI, predijeron la seguridad del apego en la situación extraña. Incluso, la seguridad del apego mostrada a los 18 meses tuvo la capacidad de predecir a los 5 años el desempeño en tareas cognitivo-emocionales. Con esta evidencia, se pudo establecer una asociación importante entre la mentalización de los padres, el estilo de apego de éstos, el apego de los niños y su capacidad para mentalizar.

La investigadora psicoanalítica Arietta Slade (2005) aportó en la dirección de esclarecer la forma cómo el mecanismo de mentalización en la familia es una variable medidora para el desarrollo de un estilo seguro de apego en el niño. Desde esta perspectiva, los autores explican que la capacidad parental de mentalizar consta de un componente cognitivo dirigido a facilitar en el infante la toma de perspectiva, y un componente emocional dirigido a facilitar la capacidad de experimentar, sostener y regular las emociones propias y ajenas. En el contexto del vínculo seguro de apego, y para fines de medición, Fonagy, Gergely, Targey y Jurist(2002), denominan dicha capacidad parental de reflejar la experiencia interna del niño “función reflexiva” (RF).

Los autores describen dos formas de operacionalizar la función reflexiva. La primera, resulta de evaluar la capacidad de los adultos para describir con

términos mentales los recuerdos de sus vínculos parentales infantiles tomando como base las narrativas obtenidas en la entrevista de apego adulto (AAI). A este sistema de medición se le denomina Escala de Función Reflexiva (Fonagy, Target, Steele&Steele, 1998). En las distintas preguntas que componen el AAI se busca conocer en qué medida los adultos muestran: conciencia de la naturaleza de los estados mentales, esfuerzo explícito por encontrar los estados mentales detrás de la conducta, consideraciones sobre los estados mentales de acuerdo a los distintos momentos del desarrollo y capacidad para tomar en cuenta los estados mentales del entrevistador durante la administración de la entrevista. Todos estos indicadores expresarían un nivel alto en la función reflexiva. La evidencia obtenida utilizando esta escala señala que los adultos con puntajes altos poseen un estilo “autónomo” de apego adulto, y pueden generar un vínculo de apego seguro con hijos cuando se convierten en padres.

Fonagy y Sharp señalan que la segunda forma de evaluar la función reflexiva recibe el nombre de Entrevista de Desarrollo de los Padres (ParentDevelopment Interview PDI, Aber, Slade, Berger & Kaplan, 1985; Slade, Bernbah, Grienernerger, Levy &Locker, 2004). Se trata de una entrevista semiestructurada dirigida a explorar las representaciones de los padres sobre sus hijos, sobre la relación con éstos, sobre ellos mismos como padres, y su capacidad para comprender la conducta de sus hijos en términos de estados mentales. Este instrumento ha probado tener validez de constructo y validez predictiva en tanto muestra una relación entre las representaciones parentales sobre los niños, las representaciones de apego de los padres y la conducta parental. Un estudio de Grienerberger, Kelly y Slade (2005) mostró también que cuando el PDI era codificado usando los criterios de la escala de función reflexiva (PDI-RF), los puntajes bajos correlacionan con medidas de conducta materna disruptiva obtenidas durante la situación extraña. Dentro de esta forma de codificación se han identificado tres niveles o grados de funcionamiento de la función reflexiva: bajo, moderado y alto. La categoría “bajo” implica una actitud paterna en donde el niño no es visto como portador de estados mentales propios y en la que se niega la propia experiencia de paternidad. De otro lado, los padres clasificados en la

categoría “moderado”, si bien reconocen estados mentales en los niños, su capacidad de reflejarlos y conectarlos con los suyos es pobre. Finalmente, la función reflexiva “alta” supone padres capaces de reflejar el estado mental de sus hijos y de relacionarlos con sus propios estados mentales, es decir, contemplar la relación entre ambas mentes. Los autores sostienen que esta categoría sería la responsable de promover la mentalización, la autonomía y la autoregulación en los niños.

Fonagy reconoce el rol de los aspectos constitucionales del niño en su desarrollo psico-emocional, pero insiste en el peso de la variable relacional en tanto la función reflexiva de los padres tiene la capacidad de predecir en momentos previos al nacimiento, la seguridad del apego y las futuras capacidades mentalizadoras en los niños, tal como lo demuestra el estudio al que hemos hecho referencia al inicio de este acápite.

### **Maternal Mind-mindedness: mentalización parental durante la interacción padre-niño.**

Utilizando un marco teórico Vigotzkiano, Meins (1997) propone el constructo Maternal Mind-mindedness para referirse a un aspecto específico de la sensibilidad materna responsable de la transmisión del apego seguro. Los autores señalan que desde esta perspectiva, se encontró que los niños con apego seguro presentaban una tendencia referencial en el proceso de adquisición del lenguaje, podían tomar distintas perspectivas durante el juego de simulación, y aprobaban el test de la falsa creencia a los 4 años de edad. Asimismo, las madres de dichos niños tendían a utilizar un lenguaje rico en términos mentales y eran capaces de atribuir a sus hijos perspectivas y representaciones del mundo propias.

Los autores explican que el sistema de medición para este constructo (MMM) se basa en la siguiente pregunta: “¿podrías describirme a (el nombre del hijo)? Las respuestas se codifican de acuerdo a cuatro categorías: “mental”, “conductual”, “física” y “general”.

La primera supone describir al niño como sujeto mental usando términos como creencias, deseos, afectos, fantasías, anhelos, etc., y no solamente gustos o preferencias.

La segunda implica descripciones en base a rasgos (hablador, callado, extrovertido, tímido) y a actividades (le gusta jugar, saltar, correr).

En la categoría “física” los niños son descritos en base a su edad y a su posición en la familia. Finalmente la categoría “general” contiene descripciones que no calzan en las anteriores.

Con esta data se realizan cálculos para obtener la proporción de descripciones mentales en comparación a los otros tipos de descripción. Adicionalmente Meins y colaboradores (1999, 2001) propusieron un sistema de medición del MMM basado en la observación de juego libre entre las madres madre y sus bebés de 6 meses, la cual es grabada y codificada de acuerdo a 5 indicadores: respuesta materna al cambio en la dirección de la mirada del bebé y a las acciones dirigidas a objetos, promoción de la autonomía, imitación, y comentarios mentalísticos. Los autores comentan que de acuerdo con las investigaciones de Meins, esta última categoría probó ser capaz de predecir la seguridad del apego a los 45 y 48 meses y el desarrollo de habilidades socio-cognitivas en el infante a los 55 meses. Asimismo señalan que los padres que puntuaron en la categoría autónoma de apego y que presentaron alta función reflexiva en momentos previos al nacimiento, y que luego generaron vínculos seguros de apego con sus hijos, presentaron puntajes elevados también en el MMM. De esta manera, el estilo de apego y la FR tomadas antes del nacimiento de los hijos (“fuera de línea”), están relacionadas con la puesta en marcha, tiempo después, de una capacidad como el MMM que puede ser observada o evaluada en la interacción directa con los niños (“en línea”).

En este punto los autores comentan que la FR y la MMM parecen evaluar cosas similares aunque se expresan en escenarios y momentos diferentes. La FR se expresa en los procesos de representación mental del adulto sobre la relación con el infante y la MMM se activa en las interacciones directas con el niño. Aunque son constructos provenientes de diferentes tradiciones, ambos se concentran en comprender los mecanismos parentales que facilitan el tratar al

infante como un sujeto psicológico. Por ello, los autores llaman la atención sobre la posibilidad de que ambos formen parte de un mismo sistema neurobiológico.

**Filosofía meta-emocional parental (Parental meta-emotionphilosophy PMEPE):  
mentalización parental de la emoción y el coaching emocional.**

Los autores nos introducen ahora al campo de la psicología de la familia y la pareja, contexto en el cual Gottman y colaboradores (1996) propusieron este constructo con la finalidad de incluir el análisis de las emociones en la conducta parental y comprender los procesos metacognitivos sobre los afectos. Así pues, La PMEPE “se refiere a un conjunto organizado de sentimientos y pensamientos acerca de las propias emociones y las emociones de los niños” (p. 744)

La entrevista meta-emocional (Katz y Gottman, 1986) es el sistema de medición propuesto para el PMEPE. En ella se exploran las emociones de los padres, así como las conductas, emociones y actitudes hacia las emociones de los niños. Para cada emoción mencionada (cólera, tristeza y miedo), se codifican la conciencia de la emoción del propio padre, la conciencia de la emoción del niño y la capacidad para hacer “coaching” con la emoción del infante. Este último punto parece ser particularmente relevante para facilitar el trato del niño como un agente psicológico. Es así que los autores nos informan que en este marco de referencia, una filosofía meta-emocional parental facilitadora del ajuste psico-social de los niños supone un estilo llamado “filosofía de coaching” de la emoción. Dicha filosofía está caracterizada por la habilidad parental para reconocer las emociones de poca intensidad en ellos y en sus hijos, valorar los afectos negativos de sus niños como oportunidades para la cercanía o el aprendizaje, validar la emoción del infante y facilitar estrategias de solución de problemas ante la presencia de emociones negativas en el niño.

Según los autores, las superposiciones entre el PMEPE, la MMM y la FR se dan a varios niveles. Tanto la FR, como el PMEPE se preocupan por dar cuenta de cómo el adulto refleja su propio estado mental y el estado mental del niño, en especial en momentos en que hay una sobrecarga emocional. Junto con el MMM, los tres

son mecanismos parentales que promueven la regulación de afectos en el infante, su seguridad, su sensación de autoeficacia y su coherencia interna. Los tres son procesos que involucran aspectos metacognitivos y meta-afectivos.

Fonagy y Sharp advierten que el interés de Gottman no es el de encontrar el puente que explique la transmisión transgeneracional del apego, como si podía ser el caso del MMM y de la FR. Más bien, Gottman profundiza en la capacidad parental para ayudar al infante a regular sus emociones y robustecer su estatus de agente psicológico. En este sentido, señalan evidencia interesante que muestra como el PMEP está asociado con menos estrés psicológico, buenas relaciones de pares y buen desempeño académico del niño (Gottman et al, 1996). En esta línea, comentan acerca de un estudio que mostró que las madres de niños con problemas de conducta, eran poco conscientes de sus emociones y menos proclives a ser “coaches” emocionales de sus hijos, en comparación a madres de hijos sin dichos problemas de comportamiento. Adicionalmente, el estudio reveló que tanto los chicos con problemas, como aquellos sin problemas de agresividad, que tenían madres capaces de hacer coaching emocional, presentaban mejores relaciones de pares (Katz&Windecker-Nelson, 2004). De otro lado, la PMEP parece ser un factor protector en el desarrollo emocional y psicosocial de los niños cuando ha existido separación o conflicto marital (Katz y Gottman, 1997).

Así pues, los autores sostienen que el PMEP supone un aporte importante al tema en cuestión, en la medida en que realza el rol de las emociones en la capacidad de mentalización parental, establece un vínculo claro entre la mentalización de los padres y la capacidad de los niños para regular sus emociones, pone de relieve la utilidad de la investigación de estas capacidades para la psicopatología del desarrollo, e incluye los elementos individuales del infante que interactúan con las habilidades mentalizadoras de los padres.

**Cogniciones parentales acerca de las intenciones y atribuciones de sus hijos: la precisión de la mentalización parental**



Tomando en cuenta los aportes de Gottman sobre la importancia de la mentalización parental para el desarrollo óptimo de las funciones socio-cognitivas de los niños, los autores desarrollaron un sistema para evaluar la precisión de las atribuciones parentales. En líneas generales dicho sistema buscaba comparar las atribuciones mentales hechas por los niños (7- 11 años) a sus pares en situaciones de conflicto, con las atribuciones que las madres hacían sobre dichas atribuciones de sus hijos. Fonagy y Sharp mostraron que, en efecto, la precisión en la mentalización materna se asociaba con el ajuste psicosocial en los niños, y la poca precisión se asociaba con niños de bajo razonamiento psico-social. Un dato interesante es que al dividir la precisión de la mentalización materna en tres categorías, “alta”, “media” y “baja”, los hijos de las madres con precisión “media” y “alta” presentaban similar ajuste psico-social. En relación con esto los autores plantean que todo lo que se necesita son madres “suficientemente precisas”, no madres sobresalientes.

Un estudio hecho por Sharp y cols (2006) mostró que las madres con baja precisión en la mentalización se asociaban con hijos cuyas atribuciones eran también poco precisas e ineficientes. En la línea de relacionar las tendencias atribucionales de las madres con la conducta mostrada por sus hijos, los autores refieren estudios en donde se evaluó la precisión de la mentalización materna en madres con niños agresivos. En dichos estudios se observó que la presencia de un “sesgo en la atribución de hostilidad” en las madres podía ser un predictor de conducta agresiva en los niños (Strassberg, 1997). En estos casos, si bien las madres eran capaces de mentalizar a sus hijos, el contenido de dichas atribuciones parecía estar sesgado, generándose una “malinterpretación” materna que, según los autores, daría cuenta (en lenguaje de Meins y cols, 2001, 2002) de una Maternal Mind-mindedness (MMM) inapropiada, o de una mentalización distorsionada. A su vez, esta distorsión en la mentalización tendría efectos en las emociones de los padres y estaría influida por dichas emociones. En esta línea citan el trabajo de Dix (1991) en donde se sugiere que las madres depresivas y abusivas muestran una tendencia a malinterpretar las intenciones sus hijos. En la base de toda esta evidencia, descansa la idea de que la distorsión o precisión en

la mentalización parental, junto a otras variables (temperamento, efecto hermanos mayores), tiene la capacidad de influir en el desarrollo psicosocial de los niños.

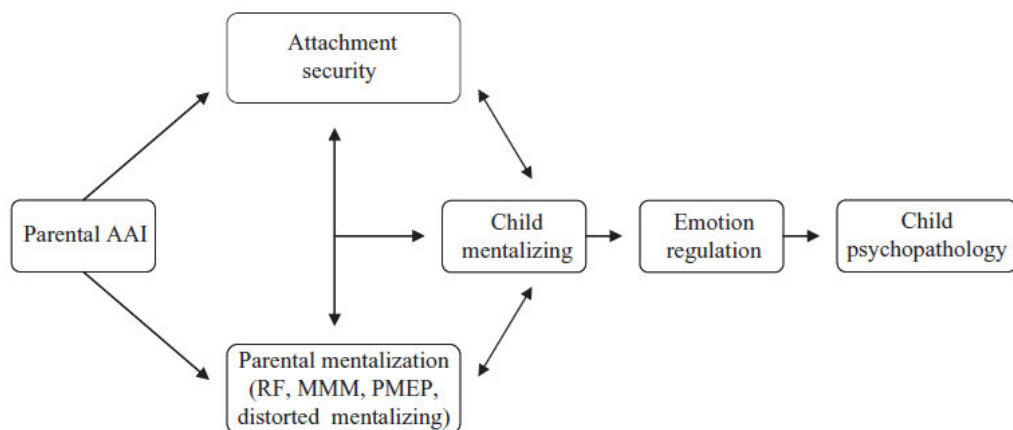
### **Implicancias para la psicopatología del desarrollo.**

Fonagy Sharp se proponen en esta sección elaborar un modelo que, por un lado, dé cuenta de la relación entre estos tres constructos (RF, MMM y PMP) tanto a nivel descriptivo como a nivel neurobiológico, y por otro lado, explicita su rol en la explicación de los desórdenes emocionales y comportamentales en la infancia. Ambos señalan que lo común entre estos tres constructos es la preocupación por conocer cómo se produce el “encuentro de mentes” entre padres e hijos.

Desde el punto de vista de la ciencia cognitiva, refieren los autores, este “encuentro de mentes” forma parte de la naturaleza de nuestra especie pues somos las únicas criaturas motivadas a compartir emociones, capaces de comprender las intenciones de los demás, y dispuestos a engancharnos en metas comunes. Estas características serían parte de nuestro “diseño”, sin ellas no hubiéramos sobrevivido y gracias a ellas somos una especie capaz de colaborar con nuestros congéneres. (Tomassello y col 2005). Siguiendo a Gergely&Csibra. (2005), los autores comentan que nuestra especie ha desarrollado una forma de “pedagogía humana” encarnada en el vínculo temprano, que nos permite compartir y transmitir contenido relevante para nuestra especie, en particular información acerca de las emociones y de otros estados mentales. Dicha pedagogía facilitaría la habituación del infante con el mundo mental y por ende su capacidad para compartir afectos y otros estados mentales. Para los autores, la mentalización estaría al centro mismo de la promoción de estas capacidades y su transmisión de padres a hijos.

Desde el punto de vista neurobiológico, los autores manifiestan que hay evidencia para postular un módulo cerebral responsable de la mentalización. Dicho módulo involucra un circuito o red neural que abarca el sulco temporal superior, la corteza media prefrontal, y la amígdala (Fletcher, et al, 1995, Frith&Frith, 2003, Gallager&Frith, 2003). Este circuito sería un subsistema de una arquitectura

cerebral más amplia asociada a la cognición social. Las capacidades parentales para tratar a los niños como agentes psicológicos -que han sido descritas por los autores en este artículo- tendrían un rol central en la consolidación de los circuitos cerebrales mencionados. Por el contrario, las fallas en dichas funciones parentales tendrían consecuencias a nivel cerebral facilitando la posibilidad de desajustes psicosociales y psicopatología en los niños. En este punto, los autores vuelven a advertir acerca de otras posibles causas que podrían interactuar con las descritas por ellos, por ejemplo el temperamento del niño, la psicopatología familiar, la estructura familiar, ciertas predisposiciones genéticas, eventos vitales varios, entre otros. Sin embargo, subrayan que su propuesta se dedica a describir únicamente el impacto de la mentalización en la psicopatología del desarrollo tal como se observa en el siguiente cuadro:



Los autores culminan este interesante artículo reflexionando en torno a la necesidad de probar la acción de todas estas variables en estudios longitudinales y de evaluar las implicancias clínicas de la relación entre los constructos estudiados. Los programas de intervención basados en la mentalización, adaptados para pacientes en contextos psiquiátricos, diadas madre-bebé, familias y escuela, resultan de particular relevancia a la luz del conocimiento que viene acumulándose en esta área de la psicopatología del desarrollo.

#### Referencias Bibliográficas:

Aber, J. L., Slade, A., Berger, B., Bresgi, I., & Kaplan, M. (1985). The parent development interview. Unpublished protocol, The City University of New York.

Dix, T. (1991). The affective organization of parenting: Adaptive and maladaptive processes. *Psychological Bulletin*, 110, 3–25.

Fletcher, P. C., Happé, F., Frith, U., Baker, S. C., Dolan, R., Frackowiak, R., et al. (1995). Other minds in the brain: A functional imaging study of 'theory of mind' in story comprehension. *Cognition*, 57, 109–128.

Fonagy, P., Gergely, G., Jurist, E. L., & Target, M. (2002). *Affect regulation, mentalization, and the development of self*. New York: Other Press.

Fonagy, P., Target, M., Steele, H., & Steele, M. (1998). *Reflective-functioning manual, version 5.0, for application to adult attachment interviews*. London: University College London.

Fonagy, P., Steele, H., Moran, G., Steele, M., & Higgitt, A. (1991). The capacity for understanding mental states: The reflective self in parent and child and its significance for security of attachment. *Infant Mental Health Journal*, 13, 200–217.

Frith, U., & Frith, C. D. (2003). Development and neurophysiology of mentalising. *Philosophical Transactions of the Royal Society London, Series B*, 358, 685–694.

Gallagher, H. L., & Frith, C. D. (2003). Functional imaging of 'theory of mind'. *Trends in Cognitive Sciences*, 7, 77–83.

Gergely, G., & Csibra, G. (2005). A few reasons why we don't share Tomasello et al's intuitions about sharing—Commentary/Tomasello et al: Understanding and sharing intentions. *Behavioral and Brain Sciences*, 28(5), 701–702.

Gottman, J. M., Katz, L. F., & Hooven, D. (1996). Parental meta-emotion philosophy and the emotional life of families: Theoretical models and preliminary data. *Journal of Family Psychology*, 10, 243–268.

Grienenberger, J. F., Kelly, K., & Slade, A. (2005). Maternal reflective functioning, mother infant affective communication, and infant attachment: Exploring the link between mental states and observed caregiving behavior in the intergenerational transmission of attachment. *Attachment and Human Development*, 7, 299–311.

Katz, L. F., & Gottman, J. M. (1986). *The meta-emotion interview*. Seattle: University of Washington.

Katz, L. F., & Gottman, J. M. (1997). Buffering children from marital conflict and dissolution. *Journal of Clinical Child Psychology*, 26, 157–171.

Katz, L. F., & Windecker-Nelson, B. (2004). Parental meta-emotion philosophy in families with conduct-problem children. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 32, 385–398.

Main, M. (1991). Metacognitive knowledge, metacognitive monitoring, and singular (coherent) vs. multiple (incoherent) models of attachment: Findings and directions for future research. In C. M. Parkes, J. Stevenson-Hinde, & P. Marris (Eds.), *Attachment across the life cycle* (pp. 127–159). London: Tavistock-Routledge.

Meins, E. (1997). *Security of attachment and the social development of cognition*. Hove, UK: Psychology Press.

Meins, E., & Fernyhough, C. (1999). Linguistic acquisitional style and mentalising development: The role of maternal mind-mindedness. *Cognitive Development*, 14, 363–380.

Meins, E., Fernyhough, C., Fradley, E., & Tuckey, M. (2001). Rethinking maternal sensitivity: Mother's comments on infant's mental processes predict security of attachment at 12 months. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 42, 637–648.

Meins, E., Fernyhough, C., Wainwright, R., Das Gupta, M., Fradley, E., & Tuckey, M. (2002). Maternal mind-mindedness and attachment security as predictors of theory of mind understanding. *Child Development*, 73, 1715–1726.

Premack, D., & Woodruff, G. (1978). Does the chimpanzee have a 'theory of mind'? *Behavior and Brain Sciences*, 4, 515–526.

Sharp, C., Fonagy, P., & Goodyer, I. M. (2006). Imagining your child's mind: Psychosocial adjustment and mothers' ability to predict their children's attributional response styles. *British Journal of Developmental Psychology*, 24, 197–214.

Slade, A., Bernbach, E., Grienenberger, J., Levy, D., & Locker, A. (2004). Addendum to Fonagy, Target, Steele & Steele reflective functioning scoring manual for use with the Parent Development Interview. New York: The City College and Graduate Center of the City University of New York.

Slade, A. (2005). Parental reflective functioning: An introduction. *Attachment and Human Development*, 7, 269–281.

Strassberg, Z. (1997). Levels of analysis in cognitive bases of maternal disciplinary dysfunction. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 25, 209–215.

Tomasello, M., Carpenter, M., Call, J., Behne, T., & Moll, H. (2005). Understanding and sharing intentions: The origins of cultural cognition. *Behavioral and Brain Sciences*, 28, 675–691.